

## LA MISIÓN DE LA IGLESIA HOY Y SIEMPRE

(Marzo 1992)

La naturaleza de la misión de la Iglesia se descubre al conocer la misión de Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, quien viene no solo a traernos una palabra, un mensaje de parte del Padre, sino que Él mismo es la Palabra hecha carne que «habitó entre nosotros». Compartiendo nuestra condición humana nos muestra la cercanía de Dios y su amor a nosotros desde dentro de nuestra misma historia. Por medio de Jesucristo, Dios «incursionó» definitivamente en la historia humana. Con su entrega hasta la cruz nos perdona y, con su triunfo sobre la muerte por la resurrección, nos colma de vida.

Pero también por medio de Jesucristo, Dios responsabilizó de nuevo al hombre con su hermano, rompiendo la cadena fatal de durezas de corazón y de crueldades que desde el principio de la creación habían inficionado las relaciones entre los humanos. La expresión más gráfica de ello la hallamos en el libro del Génesis, donde Caín responde a Dios, que le pregunta por su hermano Abel: «¿acaso soy yo el guardián de mi hermano?».

Sí, vino a decir Jesús, tú eres guardián de tu hermano y aún más, cada hombre es tu hermano. Esto es lo que la Iglesia, incansablemente, proclama a cada generación, a cada pueblo, a cada ser humano: Tú eres amado de Dios, estás reconciliado con Dios y lleno de vida al adherirte a Cristo por la fe, pero para ser de Cristo debes también amar a tu hermano, incluso al pecador, al distante, al que te ofende, al enemigo, porque Dios ha tenido misericordia contigo y debes ser misericordioso.

«Si ustedes aman a los que los aman, ¿qué mérito tienen?», dirá Jesús, y su apóstol Juan sentenciará más tarde: «quien dice que ama a Dios y no ama a su hermano, es un mentiroso». Jesucristo compromete así a su seguidor con las vidas de sus semejantes.

Nada, pues, más extraño a la religión cristiana que lo alienante, como hablar del «otro mundo» con desentendimiento de este. Al contrario, Jesús implica nuestra historia concreta en la posibilidad de entrar en el Reino de los Cielos: «Vengan, benditos de mi Padre... porque tuve hambre y me dieron de comer...». He ahí justamente en qué consiste la religión de Jesucristo: hacer de todo lo que constituye la trama de la existencia humana un acto de amor al prójimo y de alabanza a Dios.

«Nada humano me es ajeno», dijo el antiguo filósofo. En un sentido más hondo puede repetirlo el cristiano: todo dolor humano, toda carencia en el orden físico, moral o espiritual, me interesa, porque la dignidad humana ha sido exaltada en la persona de Jesucristo, a quien yo sirvo.

Por esto la Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo, es decir, extensión en el tiempo y en el espacio de Jesucristo, su cabeza y guía, está inmersa en todo lo que de un modo u otro puede afectar la vida de los hombres.

Propiamente no se puede decir que la Iglesia «incursiona» en asuntos de este mundo cuando se interesa y preocupa por los problemas del hombre de hoy, considerados globalmente o en sus incidencias concretas, porque Dios no «incursionó» por un tiempo en la tierra por medio de Jesucristo, quien, al subir al cielo, hubiera dejado cerrada su misión, sino que antes de partir la confió a los suyos: «vayan al mundo entero y anuncien esta buena noticia». Y a esos mismos discípulos

de Jesús, que lo contemplaban despedirse de ellos como quien asciende a lo alto, un ángel les dice: «hombres de Galilea, ¿qué hacen aquí plantados mirando al cielo?...». La pregunta implicaba una desaprobación, un llamado al dinamismo, hecho a unos hombres concretos, galileos en aquel caso, australianos, suizos o cubanos en la hora presente.

El compromiso del cristiano está en la tierra, esto es, justamente, lo novedoso de la religión de Jesús, esto forma parte de la Buena Noticia que debemos anunciar a todos y constituye la esencia de la ética cristiana. Aquí se apoyan los fieles cristianos para su actuación y en forma muy particular los pastores de la Iglesia, los obispos y el Papa, que tienen la grave misión de enseñar y orientar a todos los cristianos sobre los deberes de su religión.

Es así como los católicos nos sentimos confirmados, sostenidos e iluminados por el Papa Juan Pablo II cuando, sea en sus viajes, sea en cualquier otra ocasión, y fiel a su compromiso con la humanidad, enfrenta a los responsables de los pueblos con las terribles desigualdades que mantienen a vastas porciones del planeta en condiciones de extrema miseria, o cuando defiende el derecho a la vida de todo hombre, desde el niño por nacer hasta el anciano o el enfermo incurable, cuando rechaza la guerra como un mal sin paliativos, o cuando perdona con un abrazo y una sonrisa sin reservas al hombre que atentó contra su vida y lo llevó al borde de la muerte.

Cuando el Santo Padre sirve de este modo a la Iglesia y a la humanidad, los católicos nos sentimos afianzados y los pastores acogemos su testimonio como modelo que cada uno debe seguir en su propia iglesia particular para cumplir fielmente nuestra misión pastoral.

Sí, queridos hermanos y hermanas, esta misión de la Iglesia, incomprendida y aun atacada en ocasiones, es también parte integrante de su acción evangelizadora, porque prolonga el actuar de su Maestro y Señor, porque los discípulos no pueden dejar de sentir y hacer como Jesús, ni de cumplir su mandato.

Con mi bendición.